

Alucinante Lucie en Lyon

Era hora de que algún teatro francés recuperara la versión que para París reescribió (y no sólo con meros cambios menores o lingüísticos) Donizetti de su título más popular. Y si esta esperada LUCIE DE LAMMERMOOR se transformó cada día en una pesadilla por la enfermedad de sus protagonistas (que sólo llegaron a cantar juntos la primera), los resultados confirmaron la validez de la expectativa. La nueva puesta de Caurier y Leiser fue buena sin intentar ser original. Utilizó pocos y sobrios decorados, vestidos de época y el exceso de oscuridad, la ligera monotonía y el que todo el coro -también las mujeres- fuera de hombres que sólo saben divertirse a lo bruto con sus armas, fueron deliberados, como para marcar más el aislamiento de la protagonista (no se olvide que aquí no hay Alisa), condenada por su carácter y su entorno a un final trágico. Esto lo entendió perfectamente y lo hizo si cabe mejor Natalie Dessay, pese a los evidentes signos de estar aún engripada: esa diminuta gran cantante -no sé en italiano, porque es distinto y aún no lo ha hecho- logró sobre todo volver creíble a Lucie, incluso contemporánea (como se ve, no hay necesidad de transposiciones cuando se tiene talento y verdadera imaginación) e hizo pasar a segundo plano sus infrecuentes recursos y técnica con la interpretación más acabada de la locura que haya visto yo hasta el presente, premiada con una ovación apropiada ante mañana entera. Muy cerca estuvo otro cantante francés de relieve: el también joven Ludovic Tézier, apuesto, elegante tanto en su acción como en un canto de una línea inobjetable, sin un gran caudal pero con un color decididamente baritonal y homogéneo, trazó un Henri muy superior y más matizado que los que lo confunden con Alfio, y la prueba es que el segundo gran momento de la velada fue su largo dúo con Lucie, por primera vez para mí en igualdad de condiciones y tanto una lección de canto como dramática. Nicolas Cavallier no tiene mucho que hacer en su sacerdocio, pero lo hizo muy bien; Marc Laho cantó correctamente Arthur aunque un poco gimoteante; Yves Saelens, en cambio, buen artista, evidenció más problemas que otras veces en su emisión y discontinuidad entre registros en el importante papel de Gilbert (o sea, Normanno y Alisa juntos). Buena la labor del coro dirigido por Alan Woodbridge y muy buena la de la orquesta, que respondió muy bien a las indicaciones oportunas y precisas de Evelino Pidò en espléndida forma, aunque un tanto inclinado a extremar los contrastes de tiempos y a veces a perder un poco de vista el equilibrio con la escena. El día en que yo asistí (la función que fue grabada para TV), lamentablemente el enfermo era Alagna y su sustituto de último momento fue Sébastien Na, un tenor coreano que, si no pasará a la historia, tuvo el mérito de salvar la función. El público se lo agradeció efusivamente. Esperaremos a otra vez, si la hay, para juzgarlo definitivamente y sin tensiones, pero no parece como para echar las campanas al vuelo . . .

Jorge Binaghi

